

EL CAFÉ DE CADA NOCHE

-Muchas veces te plantas frente al espejo y no sabes quién es la persona que tienes enfrente, quizá sea un reflejo distorsionado de lo que realmente eres o quizá tu misma tienes distorsionada la imagen sobre ti misma.- con las palabras de Elena me doy cuenta de que quizá ese es mi problema, que, al fin y al cabo, mi realidad solo es una distorsión.

-Tengo la angustia de que no sé cómo expresar que es lo que se me pasa por la cabeza, que es lo que realmente siento. Hace tiempo que no soy la misma, hace tiempo que esto- señalo mi cabeza –se puso a pensar solo sin pedirme ningún tipo de permiso.

-Tu problema viene desde que conociste a Cristian y pasó todo aquello ¿me equivoco?- sonrió amarga y niego, de ahí viene mi problema, empiezo a pensar, a recordar aquella historia...

-Hola, mi nombre es Cristian y soy la persona que tienes asignada para que te explique el funcionamiento de las prácticas. Es sencillo- me sonrió –ya verás como te adaptas rápido y no te va a hacer falta que te ayude demasiado.

-Hola Cristian, soy Carolina, muchas gracias- le devolví la sonrisa aunque la mía fue tímida –estoy realmente nerviosa, creo que no voy a ser capaz de lidiar con todas esas fieras- Cristian se rió a carcajadas después de escucharme hablar.

-Carolina, estás estudiando para lidiar con fieras, tendrás que acostumbrarte- me miró a los ojos sonriendo y le devolví la sonrisa. Era un chico bastante alto,

con los ojos oscuros, muy grandes, la nariz algo arqueada, un chico de esos que no te llaman la atención pero que tienen magia.

Por el camino seguimos hablando y me contó que llevaba ya tres años trabajando para aquel colegio, él era el orientador y por lo tanto el que iba a presentarme a mi clase e iba a estar conmigo en todas ellas durante un mes. Cuando llegamos levantó los pulgares en señal de suerte y entró antes que yo. Empezó con la presentación y los niños le prestaban tanta atención que incluso parecía que estaban a otra cosa diferente. Llegó mi momento.

-Hola chicos, soy Carolina, pero podéis llamarme Carol. Voy a ser vuestra nueva profesora, espero que nos llevemos todos muy bien y que nuestras clases sean especiales y agradables- uno de los chicos me sonrió tan ampliamente que me dio toda la energía que me hacía falta –bien, chicos, empecemos haciendo un juego- miré a Cristian -¿te apuntas?- sonriendo se acercó hasta mí –os voy a poner un número a cada uno y cuando diga vuestro número os tenéis que levantar y decir vuestro nombre, entonces todos vosotros diréis una cosa buena de esa persona ¿entendido? – asintieron contentos y me acerqué uno por uno y les dije cuál era su número, a Cristian incluido.

-Profe ¿y tú no tienes número? No podremos decir cosas buenas de ti- sonreí asintiendo, levanté dos dedos de mi mano marcando cuál era mi número.

Poco a poco fui diciendo todos los números que había repartido y cuando llegué al ocho, Cristian dijo su nombre y todos los niños dijeron cosas preciosas de él. Conseguí ver que el vínculo que él había creado con los chicos era fantástico y me emocionó ver lo agradecidos que son los niños cuando les echas una mano.

Por último dije mi número, como era lógico, la mayoría no sabía qué decir de mí y los que lo dijeron se repetían entre divertida y guapa, no podía parar de sonreír, cuando Cristian dijo “tímida” no quise reprochar delante de los niños, di la clase con total normalidad por fuera pero con unos nervios increíbles por dentro.

-¿No me lo vas a preguntar?- me dijo mientras yo estaba terminando de recoger la mesa del profesor una vez que había acabado la clase -
¿preguntarme por qué he dicho que es algo bueno que seas tímida?- le miré sonriendo esperando su respuesta, se acercó sonriendo –me encantan las personas tímidas que aprovechan eso para ser mejores- sonreí con timidez y agaché la mirada.

-Te invito a un café ¿te apetece?- Cristian asintió sonriendo.

Caminamos por los pasillos del colegio hablando sobre cada uno de los chicos de la clase. Era increíble todo lo que sabía de cada uno de ellos. Por primera vez me había dado cuenta de que la labor docente no solo era ponerse frente a unos niños y explicarles la lección, ser profesor implicaba conocer a cada uno de ellos y saber cómo están cuando les miras, se trata de enseñar para que realmente aprendan, no solo para que se lo sepan un rato. Toda mi vida había querido ser profesora, había querido ser la mejor en todo lo que hacía, la que mejor notas sacaba, la que tuviese más ofertas de trabajo ¿y todo eso para qué? ¿Para qué te sirve tener unos conocimientos muy amplios si luego no sabes tratar con las personas? Un profesor no aprende, nace sabiendo educar.

Cuando llegamos a la cafetería Cristian me estuvo contando que le llamaban el “novator” porque chica nueva que llegaba chica nueva con la que la gente

creía que estaba. Según él solo se había enrollado con una y porque ya se conocían de antes. Ante todas aquellas explicaciones me encogí de hombros ya que no entendía por qué me explicaba aquello.

-Cristian, si te preocupa que piensen que estamos enrollados, tengo pareja, llevamos juntos casi cuatro años y soy muy feliz, puedes estar tranquilo- sonreí ampliamente, terminé mi café, me levanté de la silla y me marché despidiéndome con él –tengo que marcharme Cristian, siento irme así pero es que como hoy solo tenía esta clase voy a ir con mi novio a buscar un piso, ¿nos vemos mañana?- sin perder su sonrisa asintió y se despidió con la mano

Fueron pasando los días y al vernos a todas horas empezamos a tener una relación muy especial y cercana, incluso Alberto, mi novio, le conoció, se cayeron genial incluso quedaban para ir a tomar cervezas y hablaban de sus cosas.

Un día mientras que estaba en clase, después de tres meses allí, me llamaron al móvil, salí de la clase para cogerlo. Justo pasó Cristian y le pedí que entrase a vigilar a los niños, porque, aunque no daban mucha guerra, seguían siendo niños.

-¿Dígame? Estoy trabajando ¿no podría llamarme más tarde?- miré al suelo y al frente muy rápido, después miré por la ventana de clase, viendo como Cristian hacía reír a los niños.

-Supongo que es usted Carolina, hemos llamado a su familia pero no nos atienden el teléfono. ¿Conoce a Alberto Fuentes?- seguí mirando por la ventana algo distraída de lo que me decían al teléfono porque estaba mirando a Cristian.

-Claro, le conozco, es mi pareja, verá, pero es que ahora estoy trabajando.

-Ha tenido un accidente de trfico- se me par el corazón, me qued paralizada

-oiga? Hay alguien? Ha colgado?- no pod articular palabra me había quedado totalmente helada, seguía mirando por la ventana de la clase, Cristian me vio, me mir preocupado y salió corriendo.

-Qu pasa Carolina? Est todo bien?- no pude responderle, solo sujetaba el teléfono por el que me estaban diciendo que un coche se había llevado su moto por delante. Cristian cogió mi móvil, rápidamente entendió todo, cogió la dirección del hospital y me cogió del brazo –nos vamos al hospital Carol, ya.- ni si quiera respond, me dej llevar, mis piernas caminaban solas y mi cabeza pensaba tantas cosas a la vez que tenía el cerebro colapsado. Todo lo que había a mi alrededor solo era eso que oyes cuando tienes los oídos taponados. Cristian me metió el coche y, rápido, llegamos al hospital. Cuando entramos me puse a llorar. Me mir, me agarr la cara y, sonriendo, me susurr que todo iba a salir bien, que Alberto y yo nos iríamos a vivir juntos pronto y que íbamos a ser la pareja más feliz del mundo, pero yo solo escuchaba ruido.

Después de estar un mes en coma, Alberto se murió, yo estaba destrozada por dentro, no quería seguir sin él, necesitaba sus abrazos como no los había necesitado nunca, notar sus labios y como me susurraba te quiero al oído, la magia que él me hacía sentir. Cristian había estado a mi lado siempre, me había recomendado pedirme la baja, pero no le había hecho caso, ahora que Alberto no estaba, ver a Cristian todos los días me hacía muy feliz, era el amigo que siempre me había gustado tener.

-Carol, comes poco, estás demasiado delgada ¿no crees?- aunque todos esos sentimientos de cariño los sentía por dentro, no los demostraba por fuera

-Y tú eres un poco pesadito ¿no? Que si Carol por aquí, que si Carol por allá. Como menos porque no tengo hambre, ¿y sabes por qué no tengo hambre? Porque he perdido al amor de mi vida sin demostrarle todo lo que le quería- gritaba llorando, desesperada, esperando que Alberto me escuchase y que volviese –todas las noches hago dos cafés esperando que él venga y se tome el que sobra, pero no aparece Cristian, me ha dejado sola- Cristian me miraba con lágrimas en los ojos mientras yo lloraba desconsolada tirada en el suelo de mi habitación.

-Carol, tienes veintidós años, puedes ser feliz, intenta ser feliz- se sentó a mi lado y me agarró la cabeza –no es tu culpa, no estabas allí, no pudiste hacer nada- le miré a los ojos y vi a Alberto sonriendo, la verdad es que tenían una sonrisa muy parecida, la confusión del momento me hizo besarle y Cristian no se apartó, me siguió el beso sonriendo. Me di cuenta de que era Cristian después de un largo beso, me aparté y apoyé mi frente en su frente.

-Lo siento, le he visto a él y... Perdóname- susurré arrepentida aún viendo a Alberto en su sonrisa.

-Carol, déjame ser el que venga a tomarse ese café contigo cada noche, por favor- me miró a los ojos separando nuestras frentes –sé que le quieres a él y probablemente le querrás siempre, pero ¿qué pierdes intentándolo?

-Cristian, vete, creo que va a ser lo mejor- me levanté del suelo aún con las lágrimas en mis mejillas señalando la puerta con mi dedo. Miré hacia abajo y Cristian, perdiendo su sonrisa asintió y se marchó.

Los tres meses siguientes fueron el mayor desastre de mi vida, renuncié al trabajo, no tenía fuerzas para sonreír a mis niños y ellos no tenían la culpa, pero sobre todo, no tenía fuerzas para ver a Cristian después de todo. La dirección del colegio me dijo que les llamase si decidía cambiar de opinión. Cristian me estuvo llamando todos los días pero mi decisión fue alejarme por completo de él, que cada uno siguiera su vida, al fin y al cabo yo no podía traicionar a Alberto, aunque hubiera pasado tanto tiempo. Vendí mi casa, creía que era lo mejor, así Cristian no me encontraría y la casa no me recordaría todos los días al olor a café que tenía por las mañanas cuando Alberto me hacía el desayuno o como me besaba en el sofá. Fueron un desastre porque me quedé sin trabajo y sin casa, tuve que volver a la casa de mis padres y ponerme a buscar trabajo.

Después de esos tres meses todo cambió, empecé a trabajar en otro colegio y encontré una casa pequeña a las afueras de la ciudad, ya me había hecho a la idea de que Alberto no iba a volver y que aunque me doliese, tenía que seguir mi vida. Cuando estaba haciendo la mudanza encontré una foto en la que estábamos los tres: Alberto, Cristian y yo; sonreí y se me escapó una lágrima. Cogí el móvil y le llamé, después de tres toques me cogió el teléfono:

-¿Quién es? Estoy trabajando- su cálida voz después de tanto tiempo, se me hacía raro volverle a escuchar

-Soy Carol, ya has borrado mi número supongo, y lo veo normal, yo también lo habría hecho... Me gustaría invitarte a un café y que nos pongamos al día- durante unos segundos, los más largos de mi vida, hubo silencio al otro lado del teléfono.

-Está bien Carolina, quedamos en el bar de enfrente del colegio ¿te parece?-
utilizó un tono frío, me angustió escucharle

-Mejor te invito a mi casa, así verás cómo es, y será un poco más íntimo-
después de contestarme un susurrado sí le di mi dirección y quedamos a las
cuatro de la tarde. Llegó como un reloj, le miré de arriba abajo y me hicieron
sonreír sus aires de machito, era increíble que Cristian, el que había sido mi
mejor amigo, estuviera otra vez a mi lado, no pude resistirme y le abracé, como
imaginaba, no fue correspondido.

-¿Cómo estás Carolina?—me dijo cuando me separé de él, le miré a los ojos y
le indiqué que pasara

-Bueno, estoy, que no es poco, tengo un nuevo trabajo y una nueva casa.
También tengo nuevos amigos, pero ninguno puede ocupar tu puesto- al fin vi
su sonrisa, me senté en la mesa mirándole —es una casa pequeña, pero para
mí es suficiente.

-Te he echado de menos Carol, pero esto no arregla nada, yo he hecho mi vida
sin ti, ha pasado mucho tiempo desde aquel día- le miré y asentí. Tenía razón,
él era mi amigo y lo había pasado mal viéndome así, y también era su amigo,
había sido muy injusta con él

-Lo sé, y también sé que aunque lo intente no voy a conseguir arreglarlo- me
agarró la mano, se levantó de la mesa y me levantó a mí, le miré sorprendida,
empezamos a bailar y apoyé mi cabeza en su pecho sonriendo. Olía a
detergente, un olor que te hacía sentir tan bien... Levanté la cabeza y vi como
me estaba mirando sonriendo, vi a Cristian, me di cuenta de que lo estúpida
que había sido, le besé y me siguió el beso. Me cogió en brazos y me llevó

hasta la habitación, me tumbó en la cama poniéndose encima de mí y por primera vez disfruté con alguien que no era Alberto. Me quedé dormida hasta la hora de cenar y cuando me desperté leí una nota que estaba en la almohada, al lado contrario de donde yo tenía la cabeza:

*“Carol, yo también me he enamorado, tengo a la mujer más maravillosa del mundo a mi lado y no me gustaría perderla por nada del mundo. Si hoy he venido aquí es porque teníamos un capítulo que cerrar, espero que tengamos una conversación algún día.
Muchos besos, te quiere Cristian.*

Había traicionado a Alberto para nada, había dejado que Cristian se metiera en mi cama para “cerrar un capítulo”. Se había enamorado pero aún así se había acostado conmigo, tenía unas ganas tremendas de estrangularle, pero me di cuenta de que durante todo ese tiempo que no habíamos estado juntos me había enamorado de “novartor”.

Me vine a vivir a Berlín, y, aunque alguna vez recibo algún mensaje de Cristian, he decidido no contestar ninguno. Creo recordar que un día me mandó uno en el que me decía que lo había dejado con una tal Paloma y que necesitaba saber dónde estaba, que por segunda vez había desaparecido de su vida sin dar explicaciones, lo que Cristian no sabía es que esta vez no me encontraría si no buscaba con ganas de verdad.

Aquello me sumió en una depresión de la que no he sido capaz de salir. Todos los días hablo con Elena, mi psicóloga, de cómo me siento, pero no me llena ninguno de los vacíos que tengo en mí. Ahora trabajo en un colegio de aquí, ayudando a niños con dificultades de aprendizaje, no se me da tan mal, aunque

es un trabajo frustrante en ocasiones, porque cuando estás enseñando a niños que tienen una capacidad determinada y llegan hasta donde pueden llegar te sientes anulada, crees que no serás capaz de sacar a ese niño adelante.

Después de cinco años sigo recordando a Alberto y amando a Cristian, pero con treinta años eso no se puede decir muy alto. Sigo esperando a que alguno de los dos vuelva a mi lado.

Incomprendida